

# Qué leer

Aún sin ánimo alguno de hacer Historia parece evidente que nunca la lectura ha gozado de tan unánime encomio en nuestro país. Lejos están quedando aquellos tiempos en que la censura franquista manifestaba con su propia existencia el recelo hacia ella y más lejos aún queda el largo periodo en que nuestra vida cultural convivía con la larga espada de Damocles de la vigilancia inquisitorial o el *nihil obstat* vaticano. Ciertamente que tantos años de sospecha y recelo sin duda han dejado un fondo turbio que alguna relación tendrá con nuestros bajos niveles de hábito de lectura y con esa desconfianza que en ocasiones aflora sutilmente hacia lo intelectual, pero las instancias sobre las que tradicionalmente ha recaído el juicio sobre la actividad de leer –la Escuela, la Iglesia y el Estado– parecen hoy compartir un mismo tono de alabanza sobre tan noble ocupación. Y a tal loa se unen no sólo los sectores históricos e intrínsecamente interesados –lo que bien podríamos llamar *la inteligencia* cultural del país– sino también y muy impetuosamente lo que podemos llamar *la inteligencia mercantil*: la industria del ocio y sus servicios adyacentes.

Pero si, como dijo el maestro Spitzer, "leer es haber leído", la propia lectura nos ha enseñado a discernir que debajo de una loa tan gozosa puede estar hablando un discurso menos concordante y amable. Sobre algunas de estas posibles discordancias, referidas a la lectura de los textos que llamamos literarios, quizás convendría llamar la atención.

No deja de ser curioso que el énfasis social del encomio recaiga sobre la actividad tomada en abstracto: leer, sin apenas ninguna referencia concreta acerca del qué leer, su por qué o su para qué.

Leer, así, sin más, en virtud, al parecer, de alguna bondad innata y proteica, que a modo de rey Midas enriquece a todo aquel que entre en relación con la lectura. Y no parece que sirvan como suficiente aviso para tan entusiasta celebración ni las reservas

de Sócrates en el *Fedón* o los trastornos que las lecturas provocaron a nuestro insigne hidalgo Don Quijote o a la jovencita Emma Roualt cuya desgraciada historia recoge Flaubert en su *Madame Bovary*. Avisos contra la lectura que, curiosamente, nos llegan a través de la lectura.

Los argumentos para el fomento de la lectura –lectura de textos literarios– son múltiples y variados, pero a grandes trazos se pueden agrupar bajo tres rótulos: la lectura como modo de entretenimiento, la lectura como conocimiento y la lectura como vehículo de cultura.

Leer para entretenerse es un argumento que se utiliza con énfasis de evidencia: leo para entretenerme. Sin embargo las dificultades comienzan cuando se trata de buscar qué hay debajo de ese *entretenerse*. Si consultamos el diccionario de la Real Academia veremos que en la salida del término entretenerse se encuentran las siguientes acepciones: 1. Distraer a alguien impidiéndole hacer algo; 2. Hacer menos molesta y más llevadera una cosa; 3. Divertir, recrear el ánimo de uno; 4. Dar largas, con pretextos, al despacho de un negocio. Como vemos, la primera y la cuarta acepción interpretan peyorativamente el término y parecen responder a aquellas frases con las que no hace todavía mucho tiempo se reprendía la lectura: "No te distraigas con los libros y haz lo que tienes que hacer", "Haz ahora lo que tienes que hacer que luego ya tendrás tiempo para leer". Subyace en estos enunciados una conciencia difusa de que leer no es un hacer, un quehacer, sino todo lo contrario: un dejar de hacer. En las otras dos acepciones se encuentra, al menos en apariencia, una interpretación más positiva pues, al fin y al cabo, hacer más llevadero algo o recrear el ánimo parecen actividades benefactoras. De qué sea ese algo que la lectura hace más llevadero hablaremos más tarde. De momento valga detenerse en ese recreo del ánimo que parece ser el más coincidente con lo que un lector expresa al

Constantino  
Bértolo\*

hablar de la lectura como entretenimiento. Quiero entender que por recrear el ánimo debe entenderse la acción de lograr que nuestro ánimo se sienta satisfecho consigo mismo. Divertir, en ese sentido, sería alcanzar el contentamiento propio. Lo cual presupone un descontento anterior, una carencia.

De lo hasta aquí expuesto se desprende que quienes, por mor de entretenimiento, nos incitan a la lectura, o bien quieren que dejemos de hacer aquello que tenemos que hacer, o bien, conscientes de algún descontento que nos atenaza, desean que satisfagamos nuestra carencia con un sucedáneo: la lectura, fomentando así la irresponsabilidad y el autoengaño.

Si volvemos a ese entretenerse como hacer menos molesta y más llevadera una cosa, cabría pensar si esa cosa es una tarea (trabajar ocho horas en una oficina), una situación (el desamor, el paro) o una condición (la mortalidad del hombre) y sólo en función de que esa tarea fuera buena (encaminada al bien común), esa situación inevitable e involuntaria y esa condición irreductible, podríamos decir que ese entretener sería deseable. En cualquier otro caso lo que se nos estaría proponiendo so capa de entretenimiento es lo que en castellano recto deberíamos llamar falso consuelo.

Irresponsabilidad, autoengaño y falso consuelo no parecen argumentos muy válidos para una defensa de la lectura. Pero supongamos –y alejemos así cualquier acusación de calvinismo– que dada la frágil condición humana, pueda ser bueno para el hombre poder en alguna medida y ocasión ser irresponsable (descansar de la seriedad), o autoengañarse (descansar de uno mismo), o darse falso consuelo (en medio de un pasar del tiempo que es pasar hacia la muerte). Desde tal suposición –que por conveniencia o convencimiento parece estar muy extendida– ese entretenerse recobra cierta validez, pero no deja por eso de enseñar sus insuficiencias. Porque: ¿qué es lo entretenido?, y en el caso que nos atañe: ¿qué lectura de qué libro, es la más entretenida? Como tantas otras cosas la significación concreta de lo entretenido es una significación convencional, cambiante y dinámica y no hay ninguna razón intrínseca para que alguien pueda decir que es más entretenido leer *El Conde de Montecristo* de Dumas que el *Ulises* de Joyce. En todo caso es una cuestión de preferencias y por lo tanto si las instancias y grupos sociales que abanderan ese fomento abstracto de la actividad de leer no definen preferencias –lean esto mejor que lo otro– lo único que están fomentando es el todo vale y el arréglatelas como puedas. Y lo malo del todo vale es que lo que en verdad encubre es que no todo vale lo mismo, que lo que más vale es lo que más se hace valer, es decir, lo que más se promociona. Entretenerse escondería así su verdadero rostro: la

aceptación de los valores dominantes.

La lectura como medio de conocimiento constituye otro de los grandes ejes de la argumentación a favor de la lectura. Un argumento que sólo parece contar con la enemiga recalcitrante de algún esteticismo radical que sigue insistiendo en la gloriosa inutilidad de la literatura. En la lectura como fuente de conocimientos se ha apoyado toda la filosofía de la ilustración liberadora y es ese conocer el que índices y censores han perseguido con saña durante siglos y siglos y es el que todavía hoy se discute a propósito de la lectura para niños y jóvenes.

Por medio de la lectura, se argumenta, conocemos mundos y vidas a los que no podríamos tener acceso de otra forma. Y no se trata tan sólo de que a través de la lectura podamos recibir información sobre la jungla africana o los barrios de Nueva York (información, por cierto, que también transmite la denostada televisión). Con la lectura conocemos pasiones humanas, sentimientos, conductas, comportamientos, deseos. Lo que llamamos, en definitiva, la vida y sus engranajes. En realidad, la lectura funciona desde siempre como un mecanismo de representación de lugares físicos o mentales y en ese sentido es comparable a los modernos medios de comunicación audiovisual. Parece olvidarse, sin embargo, que ese conocimiento que la lectura proporciona es básicamente un conocimiento virtual, es decir, un conocimiento por vía interpuesta o un recordatorio, en palabras de Sócrates, de lo real. En ese sentido el conocer que proporciona la lectura es un pseudoconocimiento o un conocimiento blando que además arrastra consigo la ilusión de confundirse con el conocimiento real. Confusión que cuaja narrativamente en la locura de Don Alonso Quijano o en la ceguera afectiva de Emma Bovary. Un conocer virtual que puede provocar turbulencias en el proceso de "retorno real". Trastornos que sin la altura literaria de las obras citadas también trató nuestro ínclito Jacinto Benavente en su obra *El hombre que todo lo aprendió en los libros*.

Pero más allá de los posibles trastornos causados por una burda confusión de lo real y lo virtual, es evidente que la lectura puede proporcionar esquemas o pautas para el conocimiento de los mecanismos de las relaciones humanas, la creación, manipulación y uso de los sentimientos, o para el análisis de las relaciones de poder dentro de una sociedad. Sin embargo, también es evidente que la validez de tales conocimientos estará en función del rigor de los textos leídos, de ahí que la defensa de la lectura por la lectura no deja de ser un eslogan confusionista. No se trata ahora de que digamos qué es un texto de calidad, pues no es esa la intención de este comentario. Se trata de advertir que cuando una instancia pública o

privada recomienda la bondad general de la lectura está actuando desde la irresponsabilidad de las buenas intenciones o desde la impunidad de aquel que o bien no tiene criterios –y entonces lo mejor que podría hacer es callarse– o bien los oculta por aquello de nadar y guardar la ropa. El fomento de la lectura en abstracto es, insistimos, el fomento del todo vale.

Se podrá alegar que en cualquier caso todas las lecturas enseñan, que en todas las lecturas se incorpora conocimiento y que desde ese entendimiento no hay lectura mala. Tal postura responde a un concepto cuantitativo del conocer que ignora o niega que el conocer humano es un conocer para la acción y que toda acción viene determinada por su sentido. Por lo demás, tal actitud parece olvidar la falacia de uno de los asertos más peligrosos de la pedagogía banal: el saber no ocupa lugar.

En el fondo leer es un acto de crecimiento, de expansión de uno mismo. Expansión del cuerpo, física, y expansión de mente, espiritual. Leyendo *Madame Bovary* nuestro cuerpo es también *en* el cuerpo de Madame Bovary. No es que seamos Madame Bovary –nadie es *el otro* como muchas veces se viene a decir hablando de la identificación– sino que somos también en su cuerpo y de este modo el nuestro crece. Leyendo *Don Quijote* nuestro espíritu –el proyecto de vida que nos constituye– es también *en* el espíritu de Don Quijote. Crecemos como se crece siempre: incorporando *lo otro*: no identificándose con él (eso sería un no crecimiento) sino tomando distancia (que es un acercarse y un alejarse). Leer sería así un ejercitar la imaginación entendiendo por tal no la capacidad de embarcarse en sueños o fantasías diurnas sino la facultad de construir modelos empíricos, una herramienta mental de acercamiento a lo posible, un entrenamiento, en definitiva, del juicio.

Pero crecer no es un engordar continuo o proteico. Crecer es un crecer para qué, y ese para qué nos devuelve a las cuestiones ya enunciadas anteriormente, es decir, a la necesidad de plantearse fines y en coherencia con ellos determinar la bondad o maldad de las lecturas concretas sin escabullirse del problema por medio de una alabanza abstracta de la lectura.

La tercera línea de argumentación a la que se acude para ese encomio de la lectura del que venimos hablando reside en su entendimiento como instrumento de acceso a la cultura y por eso conviene ante todo delimitar el contenido de tan evasivo término. En sus orígenes la "cultura" era el crecimiento y la marcha de las cosechas y los animales y, por extensión, el crecimiento y la marcha de las facultades humanas. Todavía en el siglo XVII era el nombre de un proceso: la cultura *de* algo, de la tierra, de

los animales, de la mente. En el siglo de la Ilustración y a través de un proceso de contaminación en el que ocupa un papel relevante la aparición del término civilización, la cultura pasó a describir un estado, un estadio en el desarrollo humano y así había personas cultas o incultas del mismo modo que había países civilizados y países salvajes o no civilizados. Pasó así a ser algo commensurable desde el punto de vista cuantitativo: se tenía mucha, poca o ninguna cultura. La cultura ya no era por tanto el proceso de cultivo y cuidado de las facultades humanas –la imaginación, la prudencia, la inteligencia– sino un resultado, es decir, una suma de bienes commensurables y por tanto intercambiables y por tanto factibles de ser mercantilizables, tal como hoy se habla, por ejemplo, de la necesidad de contar con "una cultura empresarial". Ciertamente que el romanticismo introdujo, a modo de contra-réplica, una propuesta semántica diferente para el concepto de cultura. Frente a esa cultura como algo "exterior" el movimiento romántico propuso un entendimiento de la cultura como un proceso de desarrollo "interior" o "espiritual" o "íntimo". Estos dos entendimientos de la cultura conviven, a veces conflictivamente, pero en general sin grandes colisiones –salvo cuando se trata de plasmar en un programa educativo el curriculum de acceso a la cultura– y así en el lenguaje cotidiano se adjudica el calificativo de culto tanto a alguien que *posee* un amplio fondo de conocimientos, –en su mayoría de corte humanista– como al que *posee* (aquí no hay diferencias) un "alma sensible" (sobre todo hacia las *bellas artes* y de manera especial hacia la música y la literatura). La cultura sería entendida así como un concepto de difícil aprehensión, un concepto un tanto escurridizo pero cuyo significado siempre se movería en un campo semántico delimitado en sus extremos por la erudición y la sensibilidad. Acceder a la cultura sería por tanto conocer aquello que hay que conocer (la cultura como *conocimiento*) y sentir aquello que hay que sentir (la cultura como *vida interior*).

Desde esta perspectiva el encomio de la lectura en cuanto vía de acceso a la cultura lo que traduce es una doble imposición social: lo que hay que leer y lo que hay que leer –sentir– en lo que se lee. La primera imposición reflejaría la pertinencia ilustrada mientras que la segunda recogería la pertinencia romántica. Lo curioso es que el encomio general de la lectura del que venimos hablando escamotea la necesidad de pronunciarse sobre una u otra cuestión y en aras de una pretendida neutralidad deja esa función en manos del mercado cultural, en manos de lo que hay, y su aparente no-imposición se revela así como una imposición sumamente eficaz en cuanto que tira la piedra y esconde la mano. La mano invisible.

Vemos por tanto que detrás de ese canto a la lectura lo que realmente se está escondiendo es un canto a las cosas como son, lo que, dicho de otra manera, encierra un gesto de autocomplacencia y autosatisfacción que vestido con el ropaje de la tolerancia hace difícil presentar –sin riesgo de caer en la intolerancia– cualquier otra propuesta alternativa del para qué leer. Desde el conocimiento de esa dificultad pero desde la voluntad –o acaso necesidad– de que las cosas no sean como son, creo oportuno plantear una perspectiva diferente desde la que abordar esa pregunta que encabeza nuestro comentario.

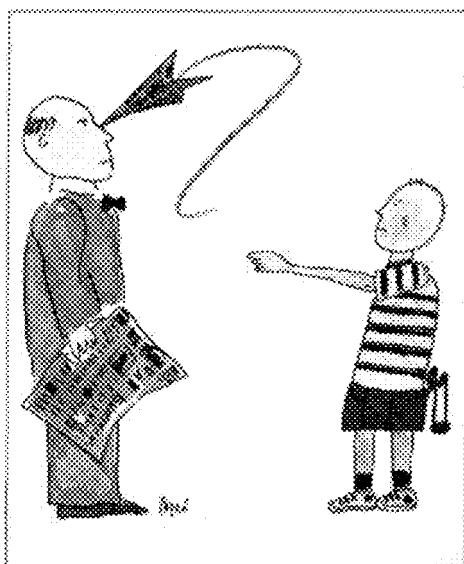
Quisiera comentar, ante todo, que en la articulación de la respuesta conservadora o aséptica que hemos venido analizando parece partirse de una premisa básica aunque implícita según la cual la lectura sería un acto privado. Un acto de simple relación entre el texto y el lector que en su expresión más exquisita se presenta como un diálogo en la intimidad. Desde mi punto de vista esta premisa tergiversa y perturba el entendimiento de qué sea la literatura y el qué sea la lectura y está en la base de tantas políticas educativas que fracasan en su empeño de trazar programas de fomento de la lectura (confundiendo normalmente el fomento con incremento del consumo). Dicha perturbación tiene su origen a mi entender en las transformaciones originadas por la aparición de la imprenta respecto al modo de producirse la lectura. Frente a la lectura en voz alta y en común, la imprenta implanta la lectura en voz baja e impone la figura del lector silencioso y solitario (proceso de transformación bastante semejante en sus consecuencias sociales al que se produce con el paso en el plano religioso de la confesión pública a la confesión privada). De esta lectura en soledad se pasa a la consideración de la lectura como un acto de soledad, para la soledad y desde la soledad, y esa consideración se verá con el paso del tiempo reforzada por el

prestigio humanista del "lejos del mundanal ruido", el sentimiento romántico del yo único y la exaltación desgarrada de la intemperie personal propia del existencialismo. No es extraño por tanto que la premisa de la lectura como acto privado esté tan arraigada y sacralizada.

Sin embargo la literatura y por tanto la lectura de textos

literarios que es en definitiva en la que nos estamos centrando en este comentario –y sin entrar en la compleja cuestión de qué sea o no sea un texto literario–, es un acto de comunidad, un acto colectivo y tal carácter forma parte esencial de su ser, del ser de la literatura y del ser de la lectura. Un acto de comunidad porque sólo la comunidad le puede otorgar sentido. No creo necesario apelar a Aristóteles para poder afirmar que la actividad de leer pertenece a las actividades propias del *zoom politikon*. Leer consiste en descifrar palabras y las palabras son palabras precisamente porque forman parte de lo común, concepto que claro está no niega lo personal pero lo coloca en su sitio y rango. En sentido estricto ni siquiera leer es un simple proceso de descodificación de un texto previamente codificado por el autor pues, como bien nos hace ver la pragmática lingüística, toda comunicación verbal consta de una parte codificada y de otra producto de inferencias, entendiendo por tales aquellos procesos mentales que incorporamos en el proceso de interpretación: creencias, ideologías o sensibilidades hegemónicas que son producidas, distribuidas y consumidas por la comunidad. La palabra lleva incorporada al otro con la misma fuerza intrínseca con que el dinero lleva incorporada la presencia de los demás. La literatura en cuanto texto que se realiza en la comunicación es un acto de imposición: yo hablo, tú escuchas (en la literatura oral); yo escribo, tú lees (en la literatura escrita) y por eso la literatura es un acto que contiene (y construye) autoridad. Leer, por tanto, debe incluir el desciframiento de esa autoridad y las bases de su legitimidad. Desde estas premisas las respuestas a la pregunta de ¿para qué leer? toman otro perfil.

Digamos, antes de entrar en la presentación de esos nuevos perfiles, que entendemos por comunidad un grupo social que comparte una misma escala de valores fundados en una misma idea de futuro o proyecto ya sean implícitos o explícitos. Es evidente que esa idea de comunidad está hoy atravesada por la presencia de factores históricos que objetivamente la interfieren y trastocan: lucha de clases, nacionalismos, idearios religiosos, y que por tanto toda reflexión concreta sobre lo común ha de trasladar a su análisis estas presencias. Sin embargo, y para esta parte final de nuestro comentario, nos situaremos en un escenario ilustrado según el cual todos formamos parte de una comunidad que tiene como horizonte el bien común y que durante su camino hacia esa meta tiene que construir cuál sea en cada momento ese bien y el medio justo para llegar a alcanzarlo. Dicho de manera más simple: partimos de la idea de que somos miembros de una comunidad compleja y



agrietada pero que en cualquier caso quiere ser una comunidad más justa. Ideario, supongo, que recibiría el consenso, así en abstracto, de casi todo el mundo.

Este escenario no niega la presencia de los factores disolventes señalados ni negaría tampoco la presencia de las pulsiones egoístas. No niega la dificultad de reconocer hoy dónde se concreta esa comunidad más allá de su nostalgia o deseo, ni niega que, aun cuando se acepte esa necesidad de definir un bien común, cada clase, o grupo, o individuo compite con sus armas –mayores o menores, textos escritos o medios de comunicación– para tratar de imponer su idea sobre cuál deba ser ese bien común. Hablamos de un escenario-propuesta pero no de un escenario-ingenuo.

Una comunidad de ese tipo necesitaría utilizar de manera continua al menos dos facultades humanas: la facultad de pensar y la facultad de comunicarse, para en todo momento poder preguntarse cuál es el bien que queremos y qué estamos siendo, haciendo, con respecto a ese bien. Ese bien no sería tanto una meta como un fin y por tanto un medio si pensamos (si la comunidad piensa) que no hay diferencia entre uno y otro. De ese modo el bien común sería también la construcción de ese qué sea el bien común.

La política que hemos venido identificando con el encomio de la lectura en abstracto y que bien podríamos llamar lectura *de no intervención* parece limitarse a apoyar esas dos facultades: pensar y comunicarse como valores en sí, dejando que la comunidad haga por sí misma, "libremente", el uso que quiera, eligiendo, por sí sola, el camino hacia el bien común que quiera. Pero al no intervenir en realidad lo que hace –no lo que cree que hace– es corroborar, cuando no bendecir, el camino que llevan las cosas. Su ingenuidad, si la hubiera, provendría de entender que ambas facultades –pensar, comunicarse– están dissociadas del qué y el para qué, del cómo y del dónde. Una ingenuidad que, por otra parte, parece estar en la raíz del siempre alabado y acogedor Humanismo.

Desde la óptica de esa política *de intervención* que vengo proponiendo en cuanto que los textos literarios intervienen en la formación de la subjetividad colectivas, toda defensa de la lectura exige la pertinente aclaración previa de cuál sea la idea de bien común desde la que se propone esa defensa, cuáles sean los medios para alcanzarlo y cuál sea el papel de la lectura dentro de esos medios. Y está claro que esta exigencia supone un compromiso. Atreverse a decir hoy qué idea tiene uno del bien común y de los medios para alcanzarlo pone a cualquiera –a cualquiera que no acuda a las respuestas o no respuestas dominantes– en un compromiso, en un brete, es decir, en una situación en la que se juega algo de lo

que tiene, en la que puede perder algo. Compromiso en ese sentido que tan gráficamente entendemos en la frase negativa: "no me comprometas", es decir, no me metas en una situación que puede ser peligrosa para mis intereses, para mis deseos. El compromiso de elegir.

Es ésta una reflexión general y desde esa consideración me parecería inoportuno hacer recomendaciones concretas sobre qué leer y qué no leer. Pero, para evitar en lo posible escurrir el bulto, apartarme de esa forma de no compromiso que Lope de Vega denunció tan claramente con su verso: "Siempre mañana y nunca mañanamos" y dado que esta reflexión va a estar situada en una publicación sobre educación y biblioteca, sí quisiera, cierto que desde la barrera, proponer una línea de trabajo para que sean las propias bibliotecas las que contesten a ese "qué leer" que da título a estas líneas.

Propondría en primer lugar que las bibliotecas se convirtieran en espacios de lectura compartida, a medio camino entre la lectura colectiva (en voz alta) y la lectura privada. Espacio para el intercambio crítico de los juicios y gustos privados. En segundo lugar, introduciría en las sesiones de intercambio y de modo sistemático las siguientes cuestiones: qué dice este texto, qué nos dice, qué quiere de nosotros, quién nos habla, desde dónde, desde qué actitud, nos quiere seducir o nos quiere convencer, por qué nos gusta, por qué no nos gusta, por qué nos gusta que nos guste o por qué nos gusta que no nos guste. Por qué leemos, para qué. Creo que el intercambio ordenado de opiniones es un medio eficaz de desacralizar los textos literarios (y no literarios) para poder enfrentarse a ellos desde posiciones de igualdad y abandonar los prejuicios que la púrpura literaria y el chantaje humanista han introducido en la lectura. Reclamo para el bibliotecario (y en el espacio de la escuela para el educador) el papel socrático de investigador del conocimiento, de cuestionador y develador de gustos, prejuicios y creencias. Creo que desde esa actitud y con esa dinámica de lectura podría iniciarse una estrategia de reconfiguración de la idea de comunidad favoreciendo la aparición de grupos de lectores que, recobrada su propia responsabilidad, perfilasen según sus intereses (políticos, culturales, literarios) el tipo de libros con los que quieren entrar en contacto. Se trataría, en suma, de que fuese la propia comunidad a través de su concreción actual (es decir, la quebrantada en clases) y no sus autoridades (institucionales, mediáticas y económicas) la que se hiciese cargo de responder a nuestra pregunta. ☐

---

\*Editor literario de la editorial Debate

---